**Orellano, Verónica**

**El bebé y el galán**

*Se habla con frecuencia de los ensueños de la juventud. Pero se olvidan demasiado sus cálculos.* Marguerite Yourcenar

Inicio mi andar por el frío con el bebé en brazos. Es increíble lo grato que estaba ese bar. Me sentí bien –creo- allí sentada, y ese cortadito caliente que acariciaba mi garganta y mi estómago. Pero el bebé está inquieto y tengo que volver. Por eso abandoné calor y buenas sensaciones. Una mamá siempre está dispuesta.

Sin embargo, algo queda todavía del bar. Este hombre que me acompaña -sin acompañarme, claro- cruzó conmigo miradas interesadas. Y ahora camina a mi lado y siento que me mira. Me arrebujo –arrebujo al bebé- y junto su cabecita con mi cara. Debe ser una buena imagen. Con el frío se me colorean las mejillas y me veo más viva. Mis ancestros alemanes se aparecen con todo a través de mi piel. Es bueno ser hermosa, y tener un bebé que cuidar ahora, justo ahora que él me está mirando.

Caminar no es fácil con este viento en contra. Mucho menos con el bebé que pesa cada día más. Es increíble lo difícil que se hace retenerlo firme a la altura de la cara. Intento ir más rápido pero sólo me deslizo –en realidad el bebé se me desliza- con gran esfuerzo. Ya está a la altura del estómago. Siempre es así. Se me cae. ¿Pensará el hombre que no lo cuido bien?

El calorcito de la frazada del bebé acaricia mi cara. Yo la aprieto fuerte porque el frío está insoportable. Pero eso significa que a él los piececitos le quedaron afuera. Bebé, por qué te movés así. Por qué te salís de la frazadita. No es justo con una mamá que quiere verse bien.

Basta. Yo lo bajo al piso para envolverlo bien. No tengo en qué apoyar, y es lógico que haga este movimiento. No se le ocurrirá criticarme, a este hombre. Después de todo, con el frío, un bebé no puede ir con los pies fuera de la frazada. Una mirada fugaz no me alcanza para saber si él me mira con ojos críticos o comprensivos.

Lo malo es que al apoyarlo en el piso veo que también se le salieron las mediecitas. Esto me inquieta mucho porque debe de tener los pies helados. Pero no alcanzo a sentirlos porque lo alzo rápido del suelo. Qué pésima imagen parar en el piso a un bebé descalzo, y con este frío. Cualquiera puede decir que soy una madre descuidada.

Estoy angustiada y me siento mal. Camino –intento caminar- cada vez más rápido porque el bebé se va a resfriar. Pero me pesa tanto y tengo todo el cuerpo contracturado. La espalda es una piedra, y los hombros, un río húmedo de cansancio. Sobre todo el hombro izquierdo que me arde porque soporta todo el peso del bebé. Me agito y de pronto rozo los pies del bebé que están heladísimos. ¿Qué voy a hacer? Esta persona que camina a mi lado parece que entra a su casa: yo le pido que me deje acomodar al bebé en algo horizontal, una cama o algo. No creo que se enoje.

Cuando entramos, el ambiente es oscuro y huele a humedad. Recorro pasillos con olor a viejo. ¿Qué cómo es el olor a viejo? Es carnoso, a pis, a sábanas que no se lavan mucho, porque la pobre mujer no tiene ya la fuerza. Quizá ni siquiera un lavarropas automático. Es una casa pobre. Yo debo estar loca entrando aquí con el bebé, pero ya no aguantaba.

Se ve que ella está más apurada que yo, porque la escucho orinar antes de hacerme espacio a mí. Si yo lo único que necesito es una superficie horizontal para cubrir bien al bebé e irme de allí. Pero me presta –en vez de almohada- esos almohadones redondos con un hueco en el medio, que usan los viejos para sentarse porque les duele el culo. Parece que no tiene otra cosa, así que lo acepto.

Pero cuando voy a apoyar la cabecita del bebé en el almohadón, noto que está húmedo y tiene olor a pis. Qué asco. Cómo voy a hacer eso. Así que lo corro para arriba y apoyo al bebé así nomás sobre la cama, aunque le quede un poco baja la cabecita.

Claro, tenía razón. Con los piecitos helados así, no se podía. Le pongo bien las medias, ajustaditas, y le doy un masaje, rápido porque el olor a pis es insoportable. El bebé también debe estar pasado de pis, pero ni loca se me va a ocurrir cambiarlo ahí. Lo envuelvo bien en la frazadita y salgo de la habitación. Quiero salir de esta casa rápido, pero mi cuerpo está rígido y el hombro izquierdo me duele tanto. No sé si voy a poder dar un paso.

La anciana quiere ayudarme y estira su brazo hacia el bebé. ¿Cómo vine a parar aquí? No puedo ser una madre tan inconsciente. No puedo tolerar que ese brazo sarmentoso se acerque a mi bebé. Quiero correr, pero tengo todo el cuerpo duro y mi cicatriz en el hombro izquierdo es casi una llama viva.

Y entonces vuelvo. Vuelvo a la consciencia. No hay bebé, ni galán, ni anciana. Yo estoy sola, en la soledad de mi casa, en la soledad de mi vida. Con mi cicatriz ajustada por el enredo de mis propias sábanas, que no huelen del todo mal.